

Dos chisgarabises

De la lectura de la novela que Juan Bas dedica a su amigo Fernando Marías se sale mejor, más sabio y más humano

LORENZO SILVA



Se trata de dos amigos. Procede escribirlo así, en presente, porque cuando la amistad es verdadera perdura a despecho de las trapisondas de la parca o del trajín que a veces espacia los encuentros. Y conviene advertirlo de inicio para no entrar en el juego, tan repetido, de colarle al lector una falsa objetividad cuando se juzga desde la parcialidad y la camaradería. No obstante lo anterior, se atreve uno a sostener que de la lectura de 'El pensamiento vuelve a la sangre', novela sin ficción que Juan Bas le dedica a la memoria de su paisano, compadre y casi hermano Fernando Marías, cualquier lector, aun sin conocerlos y sin haberlos leído, saldrá mejor: algo más sabio y más humano, y conmovido y regocijado a la vez.

No es poco mérito: contarle al personal dos vidas ajenas, una ya cumplida, la otra aún en curso, y que quien se acerque a ellas las sienta cercanas, iluminadoras, cálidas y divertidas. La facultad que le permite a Bas alcanzar semejante logro la probó también y en grado admirable el amigo al que está consagrada una narración que es elegía y, como todas las buenas elegías, la celebración de haber tenido lo que se perdió y que al alargarse el camino, ya lo advirtió Pessoa, es todo lo que nos va quedando. Son Bas y Marías narradores naturales, talentosos y honestos; al leerlos sientes que hablas con alguien que te respeta.

El libro no es reciente. Lleva un año largo en las librerías y, habiendo perdido la condición de novedad, quizá esté incluso ya muerto para el mercado. Quien lee de veras, con la mente y el corazón, sabe que eso no tiene ninguna importancia. Este lector casi agradece los ajeteos y engorros que le han impedido abrirlo hasta estos días estivales. El verano es buena época para que las cosas que merecen la pena fluyan como la ocasión merece.

En cierto modo, 'El pensamiento vuelve a la sangre' forma un tríptico con 'La isla del padre' y 'Arde este libro', las dos últimas novelas —también sin ficción y autobiográficas— de Fernando Marías. Quien haga completo el viaje que forman los tres títulos se llevará el relato de una hermosa y prolongada amistad, pero también una lección de vida y de literatura. De cómo contar la una y practicar la otra, hasta llegar a consustanciar ambas.

Bas prodiga a su lector otra de sus virtudes mayores: el sentido del humor. Para la antología, el comentario de su madre cuando vio la foto de solapa en su 'Tratado sobre la resaca', que lo mostraba en ese estado —«Hijo, tienes ya cuarenta y tres años, ¿por qué no dejas de una vez de hacer el mamarracho?»—, o el episodio de la oda escrita desde el ateísmo y la indigencia poética para la beatificación de la fundadora de una orden religiosa.

«Éramos dos chisgarabises», sentencia el autor sobre sí y su amigo. O sea: gente de fiar. La solemnidad delata al estafador.